

dentes dolores. Mas el humano instinto busca á todos los hechos explicacion y la explicacion faltaba al concurso maravilloso de que le citaran con tanta seguridad á una boda, al cabo frustrada. Guido pudo despedir á siervos, campesinos, juglares, monteros, domésticos, poco más ó menos como se despide á los perros; pero no pudo despedir así á los nobles reunidos para honrarle, sus émulos, sus amigos, sus parientes, sus vecinos, todos de gran poder y de elevada alcurnia. Llevaba todavía su traje de boda; mas parecia un traje usado y viejo, porque contrastaba con el desórden de sus cabellos, con las arrugas de su frente, con la palidez de su rostro, con los sacudimientos casi epilépticos de todo su cuerpo. Caballeros, damas, aquel régio cortejo se fué aglomerando en el salon de honor, y Guido no tuvo más remedio que decir el motivo de su soledad y de su tristeza.

—Señores, exclamó, yo siento lo sucedido, tanto más, cuanto que no tenía motivo alguno para temerlo. Y lo siento, no solo por la soledad en que me deja, y por el escándalo que arma, sino tambien por la molestia que inútilmente os he procurado, citándoos para un castillo donde, en lugar de los regocijos de la boda, encontrais los lutos de la viudez. Lisa y llanamente habré de deciros todo lo ocurrido para vuestra advertencia y mi descargo. Sin que pudiera presentirlo, sin habernos dado motivo alguno á la sospecha, mi prometida, en la misa de boda, bajo el velo nupcial, con su mano ya en mi mano, despues de haber escuchado el juramento proferido por mis labios, ha dicho en voz alta que preferia á ser mi esposa ser esposa del Señor. En vez de venir á este castillo, donde la aguardaban tantas fiestas y tantas riquezas y tanto amor, se ha ido á un monasterio, donde la aguardan la soledad y la muerte. Tal ha sido su voluntad; que en buena hora se cumpla. No podia haberme dado rival de quien menos derecho tuviera á quejarme. Pero os engañaria inútilmente, si os ocultara mi amargura. Sobre el corazon no se manda; por el contrario, él manda sobre nosotros y á su arbitrio nos tiraniza. Infeliz me considero, infelicísimo, desde que he perdido el encanto y la esperanza de toda mi vida. Por eso os ruego que dispongais á vuestro gusto de esta casa, y me dejéis retirarme adonde pueda reflexionar sobre mis desdichas pasadas y prevenir las desdichas futuras. Ahí teneis todo el castillo. Reid, gozad, como querais: que no me creo con derecho á extender mi propia pena sobre cuantos me rodean. Yo me recluíré solo en el aposento donde pensaba haberme recluido con mi esposa. Quedad en paz, señoras y señores, y pedid á Dios la paz también para mi corazon atribulado.

Un rumor de verdadera extrañeza siguió á este dolorido discurso dicho con voz apagada y congojoso acento. Pero al rumor siguió la muda estupefaccion. Nadie se atrevia á romper tan natural silencio, ni nadie á dirigir una observacion á quien exponia con tanta franqueza, todas sus contrariedades. Mirábanse las señoras unas á otras con curiosidad, y decíanse al oído

reflexiones propias de un hecho tan de su dominio y competencia. Pero los caballeros callaban, inciertos entre la admiracion y la extrañeza. Y hubieran estado así mucho tiempo en la mayor incertidumbre, suspensos y callados, de no tomar la palabra con resolucion el viejo caballero Pulci asistido del doble derecho que le daban sus largos años de vida y su próximo parentesco con los Montapertos.

—Guido, hemos escuchado tus quejas, exclamó, y en el dolor que te posee, no sentimos una molestia nuestra al cabo compensada con la satisfaccion de vernos reunidos en este maravilloso palacio; sentimos más, mucho más, una pena tan grande como la tuya, sin compensacion alguna sobre la tierra. Has dicho que nos engañarias, si ocultases tu dolor, y has dicho bien. Nosotros decimos que te engañaríamos á nuestro vez, si ocultásemos el dolor con que contemplábamos tu matrimonio y la alegría con que hemos visto, por ende, su rompimiento. Si dóciles, y con apariencias de satisfechos, lo celebrábamos, á ello nos movia el aprecio en que tenemos tus prendas y la necesidad en que estamos de no dividir por motivos más ó ménos plausibles á la mermada y perseguida nobleza toscana. Pero nos dolia ver bajo estos artesonados á una plebeya que no hubiera llegado á ennoblecerse ni por tu propia sangre. Florencia está dividida entre la aristocracia y la plebe, como estuvo dividida Roma entre el patriciado y el pueblo. Esta division, trae aquí como trajo allá, irremediables competencias. Pero las competencias romanas tenían carácter de litigio, mientras que las competencias florentinas tienen carácter de combate. Contendian los romanos en los comicios y contienden los florentinos en los campos. Los plebeyos romanos porfiaban por elevarse hasta la altura de los patricios, y los plebeyos florentinos porfiaban por confundir á los patricios en su miseria. De aquí el predominio en Roma de la política y el predomio en Florencia de la fuerza. Los romanos combatian á un partido; los florentinos á una fortaleza. Aquellos tenían derechos y estos armas. Aquellos aspiraban al goce comun de todos los privilegios; estos al exterminio de sus rivales. Por eso, mientras en Roma la plebe ganaba combatiendo, en Florencia pierde miserablemente; y al par que extingue nuestras virtudes, recrudece sus vicios. Decíamos que ellos querian obedecer á las leyes mientras nosotros mandar sobre las leyes mismas, y cuando predominaron por nuestra desgracia y la suya, no tuvieron más ley que su capricho. Al conjurar la tiranía del Duque de Atenas y deponer al tirano, dijéronnos á una que en la libertad crecia nuestra arrogancia, cuando realmente sólo crecia su furor. Y nos expulsaron del gobierno despues de haber nosotros expulsado al despota. Y se quedaron con la Señoría, que nuestras armas reivindicaron á fin de repartirla entre todos. Han ganado el poder y con el poder goces y placeres; pero han perdido la virtud militar y con ella el escudo de todas sus libertades. Hoy nos humillan á nosotros para humillarse mañana ellos ba-

jo la férula de un tirano. La desgracia ha exaltado nuestro orgullo sin exaltar nuestro valor. Así rodamos de la licencia en la tiranía y de la tiranía en la licencia, como esos borrachos perdidos que no se levantan de un lado sino para caer al otro lado. Y como el privilegio es natural en las condiciones humanas, los rebeldes al dominio de la nobleza y de la gloria, que al cabo elevan, se sujetaron dóciles al dominio del comercio y del dinero que siempre corrompe. Más las humanas sociedades se hallan sometidas á leyes, como todas las cosas á número y medida. Nada más cerca de la decadencia irremediable que la fortuna perfecta. Y habiendo llegado el gobierno de la plebe á su cima, muy pronto entrará en su decadencia. Y si deseamos acelerarla, tenemos que recoger nuestros recuerdos para alimentar el propio coraje, á fin de que acreciente nuestras fuerzas y podamos ir al combate en logro de los antiguos derechos. Midamos su poder para servir con verdadero conocimiento de causa á nuestra fortuna. La ruina de la aristocracia sería más desolada, si nouviésemos la esperanza del desquite. El enemigo se debilita en los goces; fortalezcámonos en la desgracia nosotros. Y el mejor medio de conseguir tanta fortaleza está en conservar el recuerdo de nuestros agravios, como alimento indispensable al fuego de nuestra ira. Y hé ahí por qué odiábamos en secreto tu matrimonio, aunque en público lo celebrábamos; primero por tí, despues por tratarse de una familia que, enemiga nuestra, goza hoy de altas dignidades en la República y tiene mucha mano en la Señoría. El cielo ha querido que esta boda se rompa, esta boda en cuyo seno iba á confundirse la sangre plebeya con nuestra pura sangre. Y un Montaperto se ha visto despreciado por una Buti, humillacion que, si enciende nuestras mejillas de rubor, debe encender tambien de ira nuestros pechos y acerar para el combate nuestras indomables voluntades. Ya que estamos aquí tantos y tantos nobles, antiguos dominadores de estos riscos, donde las águilas reales tienen su natural habitacion, hagamos del matrimonio frustrado como un punto de partida para nuestros venideros combates y el colmo ya de nuestros inolvidables agravios. Consuélate, Guido, con la seguridad de que lograrás el placer llamado por los antiguos divino, el placer de la venganza. Consuélate con la consideracion de que todos tus parientes y aliados van á lanzarse sobre los parientes y aliados de la mujer que se ha atrevido á desdeñarte para castigar su soberbia. Las fiestas de tu boda hubieran sido espléndidas. Los funerales de tu dolor serán terribles. Lucirán las espadas como los rayos en las oscuras nubes; chisporrotearán los incendios como las cimas de los volcanes en erupcion; amontonaránse los cadáveres en las encrucijadas como las haces en la ciega; y arderá esa Florencia ingrata, que solo guarda, madrastra despiadada en vez de madre amorosa, el destierro y el dolor para sus mejores hijos.

Una aclamacion de entusiasmo siguió á este discurso, que tan fielmente condensaba y resumía los agravios de la nobleza florentina unidos á sus as-

piraciones. Las damas mismas, tan amantes de los alardes de la elocuencia y que tan alta personificacion del orgullo de su clase veian á una en el anciano, airado y magestuoso como un dios antiguo, bebieron á grandes tragos aquel sentimiento y se exaltaron hasta el extremo de difundir entre los suyos la propia exaltacion. No necesitó más la juventud presente, que aquella chispa desprendida de la palabra del anciano y avivada en los ojos de la hermosura, para enardecerse con verdadero enardecimiento y sacar las envainadas espadas con verdadero furor. La promesa jurada de próxima y ruidosísima venganza siguió inmediatamente á la palabra oída con tanto encanto, y expresada con tan florentina elocuencia. Pero Guido se interpuso entre todos, y dijo estas palabras:

—No hay error como el de dar á las cosas sencillas el aspecto de graves. Tal desequilibrio de juicio nos lleva frecuentemente al error de los errores; á engrandecer lo pequeño y achicar lo grande. Es verdad: no obedecí á los intereses de mi clase, cuando me enamoré de jóven que, si tenia cuantiosa fortuna, no tenia blasones aristocráticos como nosotros. Pero ya podeis, si separais de esa guisa á los nobles de los plebeyos, conseguir de la naturaleza que los hijos de algo no se enamoren como suelen de las hijas de nada. Los esudos que grabamos en las dalmáticas de nuestros pages, no se graban, no, con tanta facilidad en los corazones de los nobles. Yo sentí el mio hincharse de orgullo, como sentí desvanecerse la débil cabeza; pero el amor, tan fuerte y poderoso; de origen tan excelso y fines tan humanos, se sobrepuso á todo y me encadenó con mis innumerables presecas y blasones al pié de esa ingrata. Luché y no vencí. Me vencieron sus ojos. Pero desde el primer instante la plebeya se volvió contra el noble y le negó su amor. A tal despego insistí hasta la tenacidad y porfié hasta la demencia. Y un sentimiento de justicia me obliga á decir que jamás ella cedió ni por un momento á mis caricias, ni aceptó con gratitud mis homenajes. El amor de un noble bajó hasta el hondo y oscuro valle de la plebe sin poderle sacar con sus rayos, no la pasion de las pasiones, sino la más ligera gratitud. Bien al revés aquel que más pertenecia por su origen y por sus compromisos al partido plebeyo, el padre de mi amada. Desde el primer momento vió en mi nobleza un título suficiente para despertar el amor de su hija. Cuanto un padre puede hacer en tales circunstancias, otro tanto el que debía ser mi suegro ha hecho. Su insistencia tan solo tuvo poder bastante á conseguir que se doblegara al matrimonio. El día que le arrancó el consentimiento, rejuveneció como si hubiera vuelto á la primavera de su vida. Cuando oyó la negativa de la infeliz, quiso apuñalarla al pié mismo de los altares; y la apuñalara en verdad, si tanta gente no se interpusiera entre la punta de su puñal y el corazon de su hija. Nada tiene, pues, que ver mi matrimonio con vuestros agravios. Si quereis emprender una campaña á favor del perdido influjo, harto motivo teneis en vuestra humillacion sin necesidad de buscar-

la en mis desgracias. Mi corazón está herido, pero no de manos de una clase, de manos de una ingrata. No me ha querido, porque no me ha querido tampoco su corazón. Ninguna idea política va mezclada con este suceso enteramente particular y privado. Dejadme, pues, dolerme á mis solas de una desventura, en la cual nada tendrían que hacer ni vuestros agravios ni vuestras pasiones. Aquí solamente se ofrece este caso hartó triste de suyo para mí; hay un amante que no ha sido amado. Todo lo demás son aprensiones de vuestra mente y engaños y arreboles de vuestra fantasía.

A estas palabras no había nada que añadir ni nada que replicar; más uno de los bufones, deseoso de complacer á su amo y desfruncirle el ceño, salió en medio de la concurrencia y comenzó con gestos ridículos, y saltos extraños, y ademanes juglarescos á ejercitar su ministerio de divertir á los señores, moviendo, como campanero en campanario, todos sus cascabeles. Los circunstantes, que también tenían de estos desdichados en su casa, riéronse por la costumbre de reirse más que por la gracia ni del actor ni del suceso, y le rogaron que pronunciara algún estrambótico discurso, para lo cual se pintaba solo. Pero Montaperto, ofendido de que aun pensaran, después de escucharlo con tanto cuidado en distraerlo con ninguna fiesta, dió un puntapié al payaso para quitarlo de en medio y dió las manos á sus comensales para despedirse de ellos y demandarles su venia á fin de retirarse al descanso y al retiro, no sin rogarles que se asentaran al banquete como si él estuviera presente, presididos por su viejo tío Pulci, y apuraran manjares y vinos, como si la boda se hubiera celebrado. Y recibida la venia de tantas gentes, que, dispuestas á divertirse, no habían de separarse por caso más plausible que adverso para ellas, encerróse el burlado novio en la estancia misma designada para alcoba nupcial. Era costumbre entre los florentinos, y aun creo que era ley, no juntarse los esposos, sino al segundo día de boda, por no profanar en el primero la santidad del sacramento recibido. De suerte que Montaperto entraba solo en su estancia á la misma hora y en el mismo instante que hubiera podido entrar acompañado, pues ya era de noche cuando se recogió y hora ciertamente de recogerse. Tal ansia tenía por estar solo, que no consintió á ningún doméstico el quedarse allí ni para desnudarlo ni para acorrerlo en lo más mínimo.

La música del sarao resonaba en los aires, confundida con el ruido de las danzas y el choque de las copas. La alcoba nupcial estaba preparada como para recibir á los novios. Todo sucedía por un empeño del acaso como lo ideara y dispusiera Guido, todo, menos lo esencial á su felicidad, menos el matrimonio. Así es que la algazara del festín, penetrando hasta la desolación del alma, acrecentaba con desmedido acrecentamiento sus penas. No sufre el achicharrado en su hoguera, el atormentado en su potro lo que sufría el infeliz en su alcoba. Revolvíase, pues, contra aquellos ecos de un regocijo homicida, como el poseído contra la furia de sus obsesiones ó el per-

seguido contra las maniobras de sus perseguidores. Sin ánimo para desceñirse el traje, sin fuerzas ni siquiera para acostarse, delirante de dolor, febril hasta el extremo, como si las venas tuvieran fuego, tapábase los oídos para no oír aquella alegría tan dispar de sus dolores. Y en cuanto se tapaba los oídos, saltaban objetos bien tristes á su vista. Aquí el lecho donde ella había de tender su hermoso cuerpo; allí las chinelas en que había de encerrar sus breves piés; acullá el reclinatorio preparado para las santas oraciones; sobre esta mesa el joyero dispuesto á recibir las joyas; en aquella silla el peñador de veneciano encaje: adornos ya sin dueño, parecidos á despojos de una batalla, ó avíos de un cadáver. Huyendo á las emociones despertadas por todos estos objetos, cerró los ojos como antes cerrara los oídos, y sin desnudarse, ni siquiera desceñirse de ninguna de sus prendas, se tendió en el lecho. Hubiérase desplomado en uno de los encendidos mares que pintara la fantasía de la Edad Media para encarecer los tormentos del infierno y no se abrasara como se abrasó en su lecho de boda. La desproporción enorme entre el placer soñado y la realidad presente, saltó con tanta viveza en su idea, que hubo de abandonar el lecho, pues materialmente se ahogaba, saliendo de él como pudiera salir un naufrago maltratado y moribundo de los remolinos del huracán y del oleaje. No sabía qué hacer. Si aguzaba los oídos, el rumor de la horgía hiriendo la interna desolación; si abría los ojos, la multitud de objetos diseminados por todas partes recordándole su soledad y su abandono. Ni fuerzas tenía para sufrir ya más, y se golpeaba pecho y frente, como si quisiera arrancar sus emociones y sus ideas. Pero la imagen de Lucrecia se había impreso en la retina de sus ojos, y el dolor de perderla se había disuelto en la sangre de su corazón, formando en su propio sér, como una levadura, como una amalgama que le canceraba las entrañas y le partía el alma.

Por fin sonaron las altas horas de la noche y cedieron los ruidos del baile. Cada cual de los convidados se fué á su correspondiente retiro y Montaperto se quedó como el enterrado en la sepultura. Mucho más piadosa que los hombres la naturaleza, parecía asociarse á su dolor y aguardar para esta asociación consoladora á que cesasen las profanaciones de la fiesta. Un viento fortísimo acompañó al interno huracán de su mente. Un relampagueo que salía de nubes parecidas á volcanes flotantes, coincidió con el relampagueo de sus ideas. Tronaron los cielos con estampidos tan siniestros, como los estampidos de sus propios sentimientos. Lloraron los aires como no hubieran podido llorar sus ojos, á torrentes. Los árboles gimieron á su presencia, cual no gimieran los humanos. Y el rayo vino culebreando á incendiar el bosque, como las mil ideas que achicharraban sus carnes. A este espectáculo creyó que había algún génio oculto empeñado en mostrarle cómo quedaban pavezas de compasión aun para los desdichados en el empedernido universo. Y al fulgor de la tempestad imaginó descubrir allá

léjos, en la llanura, el convento de Santa Margarita de Prato, donde estaba su Lucrecia. E imaginó más, imaginó que un rayo había caído en sus techos y lo había incendiado. Verdad ó mentira, no hubo menester de otra cosa para lanzarse al espacio en busca de aquella extraña vision dibujada, no en el globo de sus ojos, en la profundidad de su pensamiento.

Bajó tal como estaba en su cuarto, y entrándose por las cuadras, cogió el primer caballo que encontrara á la mano. En la ceguera natural á su estado, no vió si el bruto tenía silla y freno. Montó sobre su lomo como pudiera un ángel apocalíptico montar sobre las nubes ó sobre los vientos; y se agarró á su crin como hubiera podido agarrarse á las mejores riendas. Por no quitarse nada, no se había quitado ni las espuelas y pudo clavarlas en el vientre de su bruto para compelerle á correr como los vientos. Si fuera de día le tomaran las gentes por un loco furioso corriendo á un suicidio cierto. Pero como era de noche solamente le vieron las aves nocturnas, que saltaban espantadas al chocar las herraduras del animal en los peñascos y su propio cuerpo en las ramas. Azotado por las ráfagas del huracan, perseguido por los estallidos del trueno, deslumbrado por el culebreo de los relámpagos, aterido por la humedad y el frio de la lluvia, sin otra luz que el relumbrar de la tempestad en el cielo y sin otro camino en la tierra que el abierto por los instintos de su corcel, iba entregado á la vertiginosa carrera como á la casualidad, atravesando mugidores torrentes, en cuyo ímpetu debió rodar mil veces, rompiendo por espesas enramadas que le magullaban el rostro, saltando desde altos ribazos en profundos valles sin extrañarse, sin conmoverse, sin resentirse á pesar de estar herido y maltrecho, cuerpo inerte empujado por ciego movimiento, que corría cual pudiera correr una piedra arrancada á su fortaleza en los giros y en las espirales de las trombas.

Y así llegó al convento donde le condujera más la fatalidad que el propio albedrio. Y así bajó del caballo sin que se curara de detenerlo ni de atarlo, como tampoco se curaba de sí mismo. Y así se acercó á una reja, á la cual pegó su rostro, como si pudiera sentir algun calor del sér á quien buscaba en el frio de los hierros. Y así oyó la campana que conjuraba á las nubes y el cántico de la comunidad que pedía á Dios irritado misericordia para la tierra. En los intervalos entre un trueno y otro, las voces llegaban distintamente al través de las paredes y de los muros á sus oídos, y sobre las voces, resaltaba como una nota angelical, la voz melodiosísima de Lucrecia. Imposible pintar el efecto que podía producir hasta en las almas de mas fria naturaleza, entre el estruendo de las tormentas, aquellas cadencias melancólicas, aquellas plegarias tiernas, aquellas voces dulcísimas que parecían descender misteriosamente de una legion de arcángeles batiendo las blancas alas y cantando las divinas alabanzas sobre las tormentas del mundo y las pasiones del hombre.

Pero en el corazon de Guido penetró como una espada de dos filos. Y cayó en el suelo como un cuerpo muerto.

Y aun no había caído, cuando una especie de sombra blanca tropezaba con él, y en consecuencia, sobre él se inclinaba para reconocerlo y auxiliarlo. Era el recién venido un fraile de la Merced, cuyo hábito rompía hasta las tinieblas de la noche y brillaba como la estatua de un mármoleo mausoleo al centellear de los relámpagos.

Y el fraile alzó la cabeza del caballero, miró al rostro esclarecido por un rayo que acababa de iluminar con luz sulfurosa todos los espacios.

Y en cuanto lo hubo visto, dejó caer la cabeza como si le quemara las manos, diciendo:

—¡Guido de Montaperto!

Y echó á correr.

Pero su celeridad en estos movimientos no impidió que Guido abriera los ojos y le mirara, reconociendo, á la luz de otro relámpago, la mirada y al eco de esta última exclamacion, la voz del fantasma que le hiriera en noche fatal á la puerta del palacio de los Buttis.

—¡Mi rival misterioso!

Exclamó, queriendo inútilmente incorporarse.

—¡Mi rival! ¡justo cielo!

Volvió á exclamar buscando su espada ó daga, sin que pudiese encontrarla á causa del desmayo en que á tantas emociones y á tantas locuras había caído su cuerpo, inmóvil en el suelo. Filippo Lippi se esquivó por consideraciones á cual mas poderosa; primera que si Montaperto estaba desarmado y debilitadísimo, no era cosa de proceder contra él, valiéndose de su desmayo, como pudiera proceder un asesino; segunda, que si tenía sus armas no era cosa de empeñar una lucha temeraria, estando él como estaba completamente desarmado; y tercera que, sobre todo, precisaba evitar á cualquier precio, estuviera apercebido ó no á un combate, escándalos á las puertas de un convento, dañosos á la paz de su amada y contrarios al éxito de todos sus proyectos. Pero Guido, al verlo desvanecerse en las sombras, sin poder, no ya alcanzarlo, pero ni siquiera conocerlo:

—Te encontraré, exclamó, aunque haya de buscarte en los infiernos.